

TEMA 4

FE Y FUTURO

En este cuarto artículo os propongo que reflexionemos sobre unas palabras de Joseph Ratzinger escritas en 1970, cuando era un joven teólogo. Creo que pueden iluminar nuestra realidad actual cristiana y eclesiológica en esta pandemia.

En su obra *Fe y futuro*, responde a la siguiente pregunta que le hicieron: ¿Cómo será la Iglesia del año 2000?

“El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven en la plenitud pura de la fe.

El futuro no vendrá de quienes solo dan recetas. No vendrá solo de quienes se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes solo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen solo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe, y declaran falso y superado todo lo que es exigente para el ser humano, lo que causa dolor y le obliga a renunciar a sí mismo.

Digámoslo de forma positiva: el futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos. Y, por tanto, por seres humanos que perciben más allá de las frases que son precisamente modernas. Por quienes pueden ver más que los otros porque su vida abarca espacios más amplios. ¿Qué significa para nuestra pregunta? Significa que las grandes palabras de quienes nos profetizan una Iglesia sin Dios y sin fe, son palabras vanas. No necesitamos una Iglesia que celebre el culto de la acción en oraciones “políticas”. Permanecerá la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia que cree en el Dios que se ha hecho ser humano y que nos promete la vida más allá de la muerte. De la misma manera que el sacerdote que solo sea un funcionario social puede ser reemplazado por psicoterapeutas y otros especialistas. Pero seguirá siendo necesario un sacerdote que no es especialista y que se pone a disposición de los demás, y se entrega a ellos.

También en esta ocasión, de la crisis de hoy, surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio, ya no podrá llenar muchos edificios construidos en una coyuntura más favorable, perderá adeptos y con ellos muchos

Reflexiones teológicas ante la pandemia

privilegios en la sociedad. Se presentará de un modo mucho más intenso que ahora, como la comunidad de la libre voluntad, a la que solo se puede acceder a través de una decisión. Como pequeña comunidad reclamará con mucha más fuerza la iniciativa de cada uno de sus miembros.

En estos cambios que se pueden suponer, la Iglesia encontrará de nuevo y con toda la determinación lo que es esencial para ella, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin. La Iglesia reconocerá de nuevo en la fe y en la oración su verdadero centro y experimentará nuevamente los sacramentos como celebración y no como un problema de estructura litúrgica. Será una Iglesia interiorizada que no suspira por mandato político y no flirtea con la izquierda ni con la derecha. Le resultará muy difícil. El efecto de cristalización y la clarificación le costará también muchas fuerzas preciosas. La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños. Tras la prueba de las divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza.

A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado todavía, hay que contar con fuertes sacudidas. Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da la vida y la esperanza más allá de la muerte.”

Las palabras del joven sacerdote Joseph Ratzinger, después Benedicto XVI, son de plena actualidad. Esto es lo que nos espera: tiempos difíciles, marcados por una disminución significativa en miembros y en obras, pero seguramente también una vida más enraizada en lo esencial: la fe, el evangelio, Jesucristo.

J. Ratzinger, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007